

# **LA ESTRATEGIA DE HITLER**

*EL MESÍAS DEL APOCALIPSIS*

*Las raíces ocultas del  
Nacionalsocialismo*



PABLO JIMÉNEZ CORES



[www.investigacionabierta.com](http://www.investigacionabierta.com)

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Serie: **Nowtilus Frontera**  
Colección: **Investigación Abierta**  
**www.nowtilus.com**  
**www.investigacionabierta.com**

Título de la obra: **La estrategia de Hitler**  
Autor: © **Pablo Jiménez Cores**

Editor: **Santos Rodríguez**  
Director de la colección: **Fernando Jiménez del Oso**  
Director editorial: **Lorenzo Fernández Bueno**  
Responsable editorial: **Teresa Escarpenter**

Diseño y realización de cubiertas: **Carlos Peydró**  
Diseño de interiores: **Juan Ignacio Cuesta Millán**  
Maquetación: **Juan Ignacio Cuesta y Gloria Sánchez**  
Producción: **Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)**

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Editado por **Ediciones Nowtilus, S.L.**  
**www.nowtilus.com**  
**Copyright de la presente edición:**  
**2004 Ediciones Nowtilus, S.L.**  
**Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027 MADRID**

**ISBN: 978-84-9763-12- !+**

**Libro electrónico: primera edición**

# ÍNDICE

La trastienda del nazismo, <i>FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO</i>	11
Prólogo de <i>CARMEN CUÉLLAR PÉREZ</i>	13
Introducción	15
<b>Capítulo 1</b>	
INFANCIA Y DESARROLLO DE LA CULTURA DEL ODIO	19
<b>Capítulo 2</b>	
EL PARTIDO NACIONAL SOCIALISTA DE LOS TRABAJADORES ALEMANES	45
<b>Capítulo 3</b>	
EL REICH OCULTO	71
<b>Capítulo 4</b>	
SÍMBOLOS DE PODER	113
<b>Capítulo 5</b>	
EL “MEIN KAMPF”	183
<b>Capítulo 6</b>	
ENFOQUE PSICOLÓGICO–SOCIAL PARA LA COMPRESIÓN DEL FENÓMENO NACIONALSOCIALISTA EN ALEMANIA	211
EPÍLOGO	225
BIBLIOGRAFÍA	229

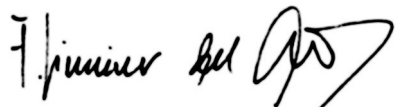
*Este libro está dedicado, con cariño y agradecimiento eterno,  
a mi familia, a mis amigos, a “mis niñas”, a “la caseta”,  
“al parque” y a mis compañeros de viaje por Egipto.*

## *LA TRASTIENDA DEL NAZISMO*

LA HISTORIA ES COMO ES, NO COMO ESTÁ ESCRITA. Quiérase o no, los historiadores describen los hechos reflejando en ellos sus propios prejuicios y, ¿por qué no decirlo?, su ignorancia. La figura de Hitler ha sido satanizada a la luz de las atrocidades cometidas y la guerra, su guerra, interpretada desde parámetros racionales. Contemplados así, aquellos acontecimientos que cambiaron el mundo resultan absurdos en su génesis y en su desarrollo; no vale aludir a la megalomanía del Führer para justificar lo sucedido y el término “genocida” nos remite exclusivamente a lo que hizo, no al por qué lo hizo. El III Reich y la Segunda Guerra Mundial son la culminación de una cadena de sucesos y circunstancias que arrancan muchos años atrás y que no pueden ser obviados si quiere entenderse lo que pasó.

Al referirme a los prejuicios de quienes escriben la historia, aludo en este caso a su desprecio hacia el —más que trasfondo— auténtico motor de lo acontecido: el ocultismo. Que, en pleno siglo XX, una guerra de esa envergadura, con sus evidentes implicaciones militares, políticas, territoriales y económicas, se deba en el fondo a razones esotéricas, es algo inconcebible para un historiador y para cualquier analista, acostumbrados a juzgar los hechos desde una perspectiva material y pragmática. Sin embargo, los datos que señalan en esa dirección son tan claros y tan accesibles, que su omisión en los libros convencionales, en los presuntamente “serios”, sólo puede atribuirse al prejuicio personal de los autores. Los hechos están ahí, suficientemente documentados; ni siquiera es preciso leer entre líneas, sólo es necesario investigarlos, ponerlos en orden, rela-

cionar unos con otros y asumir con honradez y valentía el resultado. Protagonista indiscutible, Hitler debe ser estudiado desde su infancia, conocer su ambiente, los factores que contribuyeron al desarrollo de su personalidad, su etapa de estudiante, sus contactos iniciales con grupos enraizados ya en lo mitológico, los personajes que influyeron decisivamente en su forma de pensar... De esa manera, siguiendo paso a paso su evolución, podrá entenderse al personaje. Pero eso no es suficiente si no se analizan paralelamente las circunstancias sociales y políticas de Alemania en las que él estaba incrustado, primero como una simple pieza más, y después, como generador de un cambio anhelado por la mayoría. El lector se sorprenderá al conocer que, tanto en la forma como en el fondo, el nacionalsocialismo se construyó con conceptos mitológicos, simbólicos y esotéricos, y que sus objetivos eran la hegemonía de la pura raza aria, superior al resto, y el retorno a las raíces paganas. Consciente de que era el destino quien le había elegido para tan trascendental misión, Hitler se mantuvo hasta el final convencido de que, pese a ser objetivamente inevitable la derrota, el curso de los acontecimientos cambiaría a su favor. Tal seguridad en la victoria no radicaba en cuestiones estratégicas o en el potencial bélico, sino en el carácter “sagrado” de la guerra emprendida. ¿Disparatado? Después de leer el magnífico trabajo realizado por Pablo Jiménez Cores en este libro, tal vez el lector no piense así.

A handwritten signature in black ink, reading "F. Jiménez del Oso". The signature is fluid and cursive, with a large, sweeping flourish at the end that extends downwards and to the right.

FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO

# Prólogo

DISCULPE QUE LE INTERRUMPA ANTES DE EMPEZAR, pero creo que un libro que se titula “La estrategia de Hitler” merece un breve prólogo. Y es que entre las manos tenemos un tema sensible donde los haya: Hitler y el nacionalsocialismo... Suena mal ¿verdad? Puede haber quien se escandalice al leer siquiera el título del libro, saque una nerviosa bandera democrática y la agite manifestándose: ¡NAZIS NO! Por lo menos, usted ha abierto el libro y comenzado a leer el prólogo, que en este caso ya es bastante.

Aun así quiero pedir que se pare un instante antes de emprender la lectura y prevenirle sobre las más que probables ideas previamente concebidas que todo aquel que haya nacido en “Occidente” en las últimas décadas puede tener respecto al tema en cuestión, y que a algunos incluso les ha impedido abrir el libro. Hablo de prejuicios, que cuanto más libre te crees de ellos, más ciego e ignorante te hacen. Esto sucede mucho aquí, en los países ¿libres?

Igual cree que exagero, pero piénselo bien. Posiblemente ni siquiera se le habrá pasado por la cabeza nunca, pero si a usted le hubiera picado la sana curiosidad alguna vez acerca de la Alemania nazi, habría comprobado con sorpresa el poco material histórico serio (no valen los panfletos, ni demócratas ni fascistas) que hay sobre un tema que parece ser conocido por todos, ya que casi cualquiera a quien se le pregunte tiene una firme y contundente postura al respecto: los nazis son malos. Pocos serán aquellos que sepan argumentar por qué con claridad, pero menos todavía los que se propongan averiguarlo al toparse con su ignorancia. Es increíble cómo incluso la curiosidad del más curioso puede llegar a anularse a base de

palos emocionales como las (ya clásicas) imágenes de campos de concentración, con todos aquellos seres humanos agonizantes que han sido penosa cantera de fotógrafos y cineastas que reclaman la compasión y sensibilidad del espectador. Aquello fue horrible, y no fue un fenómeno aislado que sucedió sin más por el antojo de un dictador. Esto, admítalo, resulta una explicación demasiado simplista para cualquier inteligencia. Debe haber algo más, algo que se ha enterrado bajo el horror. Y es que abusar del dolor sólo traumatiza y entorpece lo que realmente nos interesa a todos que es averiguar cómo no vivirlo de nuevo, ¿o no?

Sin embargo, puede que esté predicando a un converso y usted pertenezca a esa minoría de personas que por unos motivos u otros se han interesado previamente por la Alemania nazi o el personaje de Adolf Hitler y al comprar este libro lo haya hecho en busca de datos interesantes. Entonces sin duda disfrutará con estas páginas en las que Jiménez Cores encara el tema con valor y fidelidad a la verdad, ofreciendo una rigurosa pero amena crónica de los acontecimientos sucedidos en Alemania desde el final de la primera Gran Locura en adelante, y que desencadenaron un fenómeno que lo cambió todo y en cuyas consecuencias directas aún vivimos; porque podríamos decir sin exagerar demasiado que nuestro mundo, con nosotros dentro, está traumatizado desde entonces. De hecho es bastante probable que, a pesar de poner toda nuestra capacidad de comprensión y tener la mente abierta de par en par, en algunos capítulos del libro nuestra tolerancia se vea seriamente puesta a prueba. Yo misma he de reconocer que ha escocado ver de cerca los detalles de la crueldad y el fanatismo que somos capaces de justificar con la racionalidad los seres humanos. Pero, como en todas las heridas abiertas, es un dolor que sana, porque significa cicatrizar o, en términos menos metafóricos, aprender y avanzar.

En fin, si he conseguido mi propósito de despertar su curiosidad por la verdad, ahora se encuentra dispuesto, con la mente despierta y los prejuicios amordazados. En este caso estoy segura de que lo que le espera de aquí en adelante le va a sorprender... conmigo lo consiguió.



*“Si vamos a desaparecer, toda la tierra temblará...*

*Esta no es solamente la derrota militar del Tercer Reich, es toda una concepción del mundo la que se desploma”.*

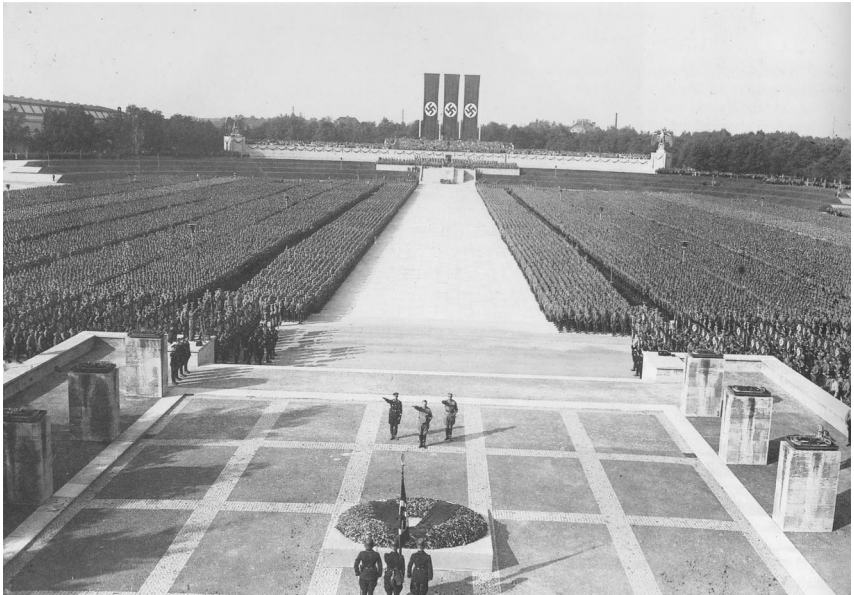
JOSEF GOEBBELS, Ministro de Propaganda del Reich. Febrero de 1945.

## **Introducción**

### **La intención del autor**

EN UN PRIMER MOMENTO, cuando me dieron la opción de escribir un libro sobre el nacionalsocialismo me invadió el miedo —¿escribir un libro sobre un asunto tan delicado por los sentimientos que evoca? Menuda responsabilidad—, pero, tras asimilar dicha proposición, fui consciente de que suponía una gran oportunidad para trasmitir a todo aquél que lo desee una visión desconocida de la ideología de Hitler. Cuando tenía trece años, al hojear un libro en VIP´S me llamó la atención una fotografía en la que se veían cientos de miles de hombres uniformados, iguales, en una perfecta formación. Delante de todos ellos se encontraban otros tres hombres que, por su disposición, parecían ser los artífices de aquella demostración de fuerza —Hitler en el centro, a su derecha el jefe de las SS, Himmler, y a su izquierda el de las SA, Lutze—. Esos tres individuos, que parecían gozar no sólo del afecto de aquella masa, sino de su admiración, podría decirse, incluso, que de su devoción y entrega, levantaban el brazo en señal de culto hacia una bandera. ¡Todo aquel gentío rendía honores a una bandera! No es difícil imaginar la cantidad de preguntas que pueden surgirle en aquel momento a un adolescente: ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Quién era el que gozaba del aparente privilegio de situarse más cerca de aquella bandera que parecía ser sagrada? ¿Qué perseguían? ¿Qué simbolizaba aquel estandarte? Cuestiones que, junto a otras muchas, necesitaban urgentemente ser respondidas. Desde entonces me he convertido en un estudioso,

casi hasta la obsesión, de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, del movimiento político que la desencadenó. Tras años de documentación, puedo afirmar que el nacionalsocialismo desprende, tanto por sus misteriosos orígenes como por la atmósfera místico-religiosa que lo envuelve, una tenebrosa seducción, radicalmente distinta a la de otras ideologías políticas, por relevantes que fuesen para la historia. Sus raíces, fundamentos esotéricos, su promulgación como dogma de fe más que como una mera alternativa política y sus extravagantes, en muchos casos inhumanas, convicciones, hacen de aquél movimiento algo digno de estudio.



**Concentración nacionalsocialista de 1934 en Nuremberg; Hitler, respaldado por Heinrich Himmler y Víktor Lutze, rinde honores a la bandera de la svástica junto a cientos de miles de soldados.**

No obstante, lo más importante del nacionalsocialismo y, consecuentemente, lo que en mayor medida me llevó a aceptar el reto de escribir un libro sobre el tema, es la lección que éste nos da. En la actualidad, se suele

reducir la enseñanza sobre el tema a la simple descripción de la maldad y de la locura nazi, obviando un análisis profundo de sus causas, lo que puede llevarnos a repetir la historia por mera ignorancia cuando los contextos sociales en los que aquella sucedió vuelvan a darse de una forma semejante. Por ello mi intención es, más que nada, la de desenmarañar en la medida de lo posible qué hubo en realidad detrás del nazismo y por qué fue apoyado por gran parte del pueblo alemán. Sólo el conocimiento más objetivo y amplio, alejado de prejuicios y rencores, puede impedir que volvamos a caer en los errores del pasado.

Por otro lado, quiero dejar claro que el libro no está dirigido al lector erudito en el nazismo, sino a aquél cuyo conocimiento está limitado a los estereotipos habituales, aunque estoy seguro de que algunas de las cosas que se incluyen en sus páginas serán desconocidas para muchos de los adictos al tema. Por ello, procuraré explicar todo lo que concierne a cada dato y personaje citados, asumiendo que los lectores no tienen por qué saber sobre el tema y que, probablemente, han elegido este libro por simple curiosidad.

*“Yo había honrado a mi padre pero amado a mi madre”.*

ADOLF HITLER, *Mein Kampf*.

## CAPÍTULO 1



# Infancia y desarrollo de la cultura del odio

**¿CUÁLES FUERON LOS ORÍGENES DE AQUEL HOMBRE que, tras una fachada tosca, casi ridícula, supo ganarse las almas y los corazones de gran parte del pueblo alemán, llevándolo sin disimulos a una sociedad totalitaria y ofensiva que desencadenaría el mayor conflicto bélico que la historia haya conocido?**

**Sólo conociendo la infancia y juventud de Adolf Hitler, el hombre más odiado, temido y venerado del siglo xx, puede llegarse a una auténtica comprensión del nazismo.**

## La familia

SEIS Y MEDIA DE LA TARDE. Una niebla espesa, como hacia años que no se recordaba, envolvía al pequeño pueblo austriaco de Braunau am inn, justo en la frontera con Alemania. A aquella hora, un hermoso acontecimiento tenía lugar en la humilde casa de Alois Hitler: su esposa Klara —prima segunda de éste antes de la unión matrimonial— acababa de dar a luz a su cuarto hijo. Fue recibido como un auténtico regalo del cielo, porque su aspecto era sano y no parecía que fuera a seguir el camino de sus tres predecesores, ninguno de los cuales había llegado a vivir más de dos años. Aquél niño, nacido ese 20 de abril de 1889, bajo el signo de Aries, fue bautizado al amparo de la iglesia católica con el nombre de Adolf.



**Alois Hitler,  
padre del futuro líder  
de Alemania.**

El pequeño creció en esa pequeña localidad en el seno de una familia de clase media acomodada, compuesta por sus padres, su tía Johanna, una doncella y sus dos hermanos mayores, Alois y Ángela, hijos del anterior matrimonio de Alois Hitler, a los que pronto se unieron otros dos pequeños: Edmund y Paula.

El padre era un funcionario de aduanas enormemente trabajador, muy riguroso y un fumador empedernido. Absorbido por su trabajo y ausente en la educación de sus hijos, era, sin embargo, sumamente estricto con ellos, sobre quienes descargaba su cólera por los motivos más nimios, especialmente lo hacía con el pequeño Adolf, con quien era mucho más exigente que con el resto de los miembros de su familia.

En medio de aquel “dulce hogar”, la atención y el cuidado de los hijos estaban en manos de la doncella y, sobre todo, de Klara. Ésta era el polo opuesto a Alois. Una mujer que se caracterizaba por su dulce carácter, con el que trataba de compensar la habitual irritabilidad de su esposo, siempre educada y atenta con los demás. Lo que más destacaba en su persona era el inquebrantable amor hacia sus hijos, fundamentalmente hacia el futuro Führer. En otras palabras, el joven Hitler se crió entre las frecuentes palizas de su padre y la devoción maternal de Klara.

Todo esto influyó sin duda alguna en el carácter del Adolf Hitler que todos conocemos: un hombre que desconfiaba de la gente de su entorno, con pocos amigos, inmerso constantemente en su fantasía y alejado de la realidad que le rodeaba, extremadamente frío en



**Klara,  
su madre.**

numerosas ocasiones, con alarmantes ataques de ira, incapaz de mantener sus amistades –salvo algunas excepciones– y con una seguridad en sus afirmaciones que no dejaba opción a la réplica.

## **Educación**

LA FORMACIÓN DE HITLER QUEDÓ MARCADA por un hecho en concreto: la muerte de su hermano Edmund en febrero del recién inaugurado siglo XX. Dicho fallecimiento cayó como un rayo en la rutina de los Hitler. Klara quedó muy afectada por la cuarta muerte de un hijo suyo y Alois vio que su “herencia masculina” del matrimonio con Klara quedaba reducida al joven Adolf. La consecuencia fue obvia; la madre centró su amor y su

instinto protector en éste —incluso más que en su hija Paula— y el preocupado cabeza de familia se concentró como nunca en el niño, con el fin de que cumpliera todas las expectativas que él tenía puestas en su futuro.

Las discusiones aumentaban día a día entre padre e hijo en la nueva casa que adquirieron en Linz (ciudad considerada como la verdaderamente natal por Adolf Hitler). En contra de sus deseos, fue matriculado en la *Realschule*, un colegio claramente orientado hacia la formación técnica, lo que le alejaba de la que entonces consideraba que era su auténtica vocación: ser artista. Los nefastos resultados no se hicieron esperar. Hitler no atendía en clase, contestaba a los profesores, les daba a entender que ellos no podían enseñarle nada de interés, apenas tenía amigos y su aparente confianza en sí mismo le llevaba a despreciar a los demás compañeros. Tal como recoge Ian Kershaw en su magnífico libro “Adolf Hitler. La biografía definitiva”, Eduard Huemer, el que fue profesor de Hitler en esta etapa, le definió de la siguiente manera: “era un muchacho delgado y pálido... que no hacía pleno uso de su talento, que carecía de aplicación y que era incapaz de adaptarse a la disciplina escolar. Se le caracterizó como obstinado, prepotente, dogmático y apasionado. Las críticas de los profesores eran recibidas con una insolencia apenas disimulada. Con sus condescendientes era dominante y una figura dirigente...”

El padre, cada vez más irritado por la actitud de su hijo y las malas notas que llegaban a casa (Hitler repitió curso tres veces), se tornó aun más intolerante con él y sus riñas, gritos y bofetadas se hicieron, igualmente, más frecuentes. Pero fue en vano, lejos de amilanarse, el “rebelde” Adolf se empeñaba cada vez más en alcanzar sus sueños de pintor y en defender posiciones opuestas a las de su padre. Incluso en la política, el ya adolescente Hitler, rechazaba de pleno la defensa de la patria austríaca que preconizaba su padre, apoyando con pasión y firmeza “el nacionalismo pangermanista” de Schönerer, que rechazaba el Estado austríaco y, siempre a favor de la unión y predominio de todos los pueblos de origen germánico, alababa las virtudes de la Alemania Guillermina”.

Lo único “positivo” que sacó Hitler del odiado colegio fueron las enseñanzas de su profesor de Historia, Leonard Pötsch. Como recono-

cería en el futuro, gracias a él aprendió a amar sus verdaderas raíces germanas y a descubrir el significado del auténtico amor a la patria.

Los conflictos entre Alois y Adolf continuaron creciendo hasta convertir su alejamiento en un abismo ya insalvable. Esta situación sin salida, que marcó en la psicología del “pequeño cabo bohemio” un odio y oposición permanente hacia la figura paterna, tuvo su fin en enero de 1903, cuando, enfermo desde hacía tiempo, Alois Hitler murió.

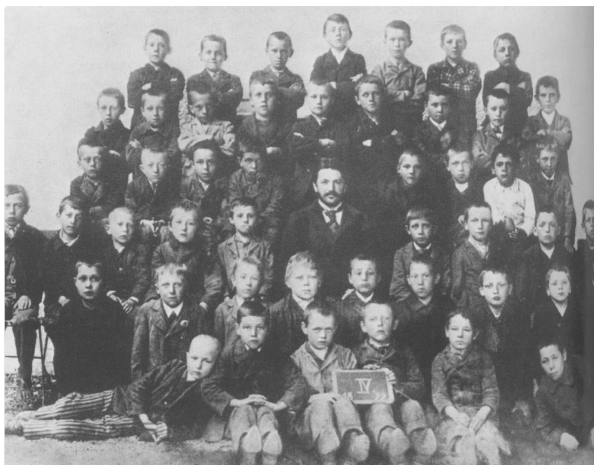
Para Adolf, fue más una bendición que algo por lo que llorar. Desde un punto de vista objetivo, se había convertido de la noche a la mañana en el señor de la casa, conviviendo con su familia en un verdadero hogar en el que la hostilidad desaparecería por completo. Además, le sería mucho más fácil convencer a su madre de que le dejase llevar a cabo sus sueños artísticos y dejar a un lado las clases que, según él, nada le aportaban. En consecuencia, se dedicó de forma vaga y perezosa a los estudios hasta dejarlos en 1905, con tan sólo dieciséis años de edad. Fingiendo, al parecer, estar enfermo durante una buena temporada, le fue mucho más fácil obtener el permiso de su madre, siempre dispuesta a aprobar los caprichos de su hijo, para dejar los estudios sin apenas discusión.

Mirando al futuro que le esperaba, habría que destacar dos acontecimientos. El primero, investigado por el profesor Guillermo Alfredo Terrera y mencionado en su obra “La Svástica. Historia y metafísica”, transcurrió no en la *Realschule* (escuela más importante en la formación personal de Hitler), sino en la aparentemente poco relevante —desde el punto de vista histórico— escuela primaria y primer centro formativo de Hitler: *Lambach Sur-Traun*. En dicho lugar, el niño que haría temblar al mundo observó con inocencia y asombro un símbolo inscrito en la fachada de la escuela que le marcaría a sus ocho años de edad: la cruz gamada. Quiero recordar al lector que tanto las runas como la svástica son símbolos presentes en el mundo desde hace miles de años y ampliamente extendidos por Europa mucho antes de que el nacionalsocialismo los tomase como insignia ideológica propia (ya hablaremos más detenidamente de esto en páginas posteriores). Por lo tanto, no es de extrañar que estuviese presente en casas de la época, ya fueran de carácter oficial o no. El segundo



pertenece a una cita mencionada al comienzo de la obra de Hitler: “Mein Kampf”. Puede que lo expresado en ella no sea cierto, incluso es más que probable que no lo sea, pues todo aquél que haya estudiado la vida del Führer sabe que muchos de los datos relacionados con su experiencia vital que él ofrece en su obra no coinciden con los obtenidos tras minuciosas investigaciones históricas, siendo estos últimos de carácter irrefutable. A pesar de lo dicho creo menester exponerlo, pues viene al caso:

“En la *Realschule* conocí a un muchacho judío, a quién tratábamos todos con muchas consideraciones; pero como diversos lances nos abrieron los ojos respecto a su reticencia, llegamos a no fiarnos mucho de él.”



**Hitler de niño, en la parte más elevada, en el centro. Su disposición y el temple reflejados parecían vaticinar la personalidad que le caracterizaría como líder del nacionalsocialismo y del pangermanismo.**

## **Quiero ser artista**

POR FIN, MUERTO SU PADRE, Hitler tenía completa libertad para hacer lo que siempre había deseado. Llegó el momento que añoraba, podría estudiar para alcanzar su mayor meta, su único objetivo, su sueño: ingresar en la

Academia de Bellas Artes de Viena. Sin embargo, no se lo tomó con prisa y estuvo algo más de dos años sin hacer nada práctico, dedicándose a fantasear, dibujar, ir al teatro y, sobre todo, a la ópera, convirtiéndose desde tan joven en un fanático devoto de Richard Wagner y su obra. Fue una época inundada por la imaginación de las glorias artísticas que le aguardaban en el futuro, absolutamente alejado de la realidad cotidiana. ¿Para qué concentrarse en conseguir sus fines si la Academia no podría rechazar la majestuosidad y talento que caracterizaban su arte? Mientras meditaba, escribía o pintaba, no tenía de que preocuparse, su tía y su complaciente madre cubrirían todas sus necesidades sin poner objeción alguna.

La rutina de este período pareció llegar a su fin cuando, en 1907, tras una breve estancia de unas pocas semanas en Viena el año anterior, persuadió a su madre, ya muy enferma a esas alturas, para que le permitiera regresar de nuevo a la capital. Esta vez, con la clara intención de presentarse al examen de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Klara, como no, cedió sin oposición alguna a los deseos de su amado hijo. Y éste, aunque enormemente triste por la salud precaria de la madre, decidió seguir el rumbo que, según él, le marcaba el destino. Así, sin más dilación, cogió el dinero que le había dado su familia para la estancia en Viena y se marchó.

Sin ningún tipo de preparación, pero llevado por esa pedante seguridad en sí mismo que le acompañaría durante toda su vida, se presentó a la oposición requerida para ingresar en la Academia. Como era de suponer, suspendió,... una terrible decepción. Nunca había previsto el suspenso como opción, era algo fuera de sus posibilidades “reales”.

Tras esto, volvió a Linz para cuidar a su madre. Según palabras del propio Ian Kershaw, “tanto su hermana Paula como el doctor Bloch testimoniaron posteriormente su entrega devota e infatigable al cuidado de su madre agonizante.” Pero, como era inevitable, a finales de año la madre abandonó este mundo, afirmando el doctor Bloch “no haber visto nunca a nadie tan postrado por el dolor como Adolf Hitler”. Este acontecimiento quedaría grabado para siempre en la mente del joven: había muerto la única persona a la que verdaderamente amaba en esta tierra.

Esto haría que la, ya de por sí inestable, existencia de Adolf Hitler perdiera aquello que le conectaba de una forma u otra con la realidad común y que el equilibrio mental que ella podría haberle proporcionado se desvaneciese con su ausencia. Hitler jamás habló de este asunto con nadie, al igual que hizo con el fracaso de Viena. Posiblemente estos sucesos, junto con el segundo suspenso obtenido en el mismo examen al año siguiente, fueron los que más notablemente hicieron huella en su psique, contribuyendo de forma segura en la acentuación de la terquedad, obsesión, prepotencia, orgullo, aislamiento e idealismo que le acompañaron durante el transcurso de su vida.

Tras el funeral de su madre y el citado fracaso académico, Hitler se quedó definitivamente en Viena, subsistiendo a sus diecinueve años con una pensión de huérfano que le concedía el Estado y con el dinero que le había dado su tía.

## **El inicio del odio**

ES AQUÍ, EN SU ESTANCIA EN VIENA, donde el antisemitismo hitleriano por todos conocido empezará a tomar forma. Con toda seguridad, la etapa de 1909-1913 fue una de las más decisivas en la formación de la ideología nazi.

Hitler se encontraba en la ciudad acompañado de un joven compositor, amigo suyo de Linz (posiblemente el único que tenía), llamado Kubizek. Este personaje ha sido muy importante para conocer el desarrollo inicial de Hitler en el reino de Francisco José (káiser del trono de los Habsburgo que presidía el entonces Imperio Austro-Húngaro).

Kubizek describe al Hitler de 1909 como un hombre dedicado al ocio de forma continua, preocupado tan sólo por las reformas sociales de los barrios pobres, ideando alternativas políticas y estructurales que paliasen la precaria situación en la que se encontraba el país. Rodeado de libros y sumido en su fantasía, daba constantes discursos a Kubizek sobre las maravillas artísticas vienesas y la grandiosidad incomparable de Richard Wagner, acudiendo casi diariamente a la ópera para escuchar la música de su genio particular.

La Viena en la que se encontraba Hitler era entonces una ciudad de contrastes. Vivían en ella la aristocracia más elegante y acaudalada, junto con los indigentes más desposeídos y famélicos. Estos últimos, cada vez más numerosos, comenzaban a ejercer una inevitable presión para que las cosas cambiasen, mientras que los primeros no estaban dispuestos a ceder y luchaban por conservar sus privilegios.

El káiser intentaba mantener el equilibrio social, al menos para que la situación no empeorase aún más de lo que estaba. Pero no sólo debía enfrentarse a un problema socio-económico cada vez más arraigado; los auténticos dolores de cabeza para la monarquía de los Habsburgo venían del “choque cultural”. Había en Austria, y sobre todo en Viena, un clima de enfrentamiento constante entre la burguesía y la clase acomodada germana contra la, cada vez más influyente, sociedad eslava instalada en el país. Unos veían peligrar no sólo sus intereses, sino las raíces culturales germanas que unían la vieja Austria y Alemania desde tiempos inmemoriales, los otros abogaban al estado por cambios en las preferencias que los primeros no querían admitir. La solución “pacificadora” realizada por Francisco José de igualar la importancia del alemán y el checo en la región de Bohemia y Moravia sólo sirvió para acentuar la confrontación existente. En medio de esta tensión que parecía no tener salida alguna, se encontraba un joven Hitler que defendía la recuperación de las raíces germanas y que, paradójicamente, se encontraba en una de las ciudades más interraciales de Europa, en la que alrededor del diez por ciento de la población era judía.

Kubizek daría a entender en la posguerra que Hitler se encontraba cada vez más perdido, encolerizado continuamente contra el mundo, completamente seguro de tener unas capacidades por encima del resto que no podía desarrollar en el ambiente en que vivía, absorto en grandes visiones monumentales sobre construcciones arquitectónicas que podrían llevarse a cabo y emprendedor apasionado de numerosos proyectos que abandonaría de forma continuada. Un ejemplo de esto último puede encontrarlo el lector en la obra de Kershaw, donde el notable historiador narra lo siguiente: “Un comentario casual de Kubizek de que había oído en una de sus lecciones de

música que los escritos de Wagner incluían un breve esbozo para un drama musical sobre “Wieland el herrero” , indujo a Hitler a buscar inmediatamente la saga en un libro que tenía sobre “Dioses y héroes”, y a ponerse a escribir esa misma noche. Al día siguiente se sentó al piano y le dijo a Kubizek que iba a convertir *Wieland* en una ópera. Él compondría la música y Kubizek la anotaría. Durante varios días, pese a los inconvenientes que planteó al paciente Kubizek junto con comentarios titubeantes sobre la escasa pericia musical de Adolf, estuvo consagrado a esta tarea, sin apenas comer, beber, ni dormir. Pero poco después fue hablando cada vez menos de ello, y al final, dejó completamente de mencionarlo.”

Es importante tener conocimiento de esta peculiaridad de Hitler para entender mejor la búsqueda de soluciones simplistas con las que solventar los problemas y la necesidad de un chivo expiatorio al que culpar del mal propio y social, características ambas omnipresentes en la doctrina nazi.

Volviendo al clima de revuelta y crispación que reinaban en Viena, se hace necesario nombrar a dos políticos, que sin ser, ni mucho menos, conscientes de ello, más influirían en la motivación ideológica de Hitler: Ritter Von Schönerer y Karl Lueger.

Estos dos personajes contribuyeron notablemente a la expansión del antisemitismo vienés, pensamiento que, por qué no decirlo, cada vez era más común, no sólo en la hermosa Viena, sino en gran parte de Europa. Hitler diría de ellos que “en medio de la universal orgía de la corrupción política, supieron conservarse puros e inmaculados.”

Schönerer era un político muy respetado en Viena y su política se basaba en posiciones radicales pangermanistas que reclamaban a voces la unión con el Estado Alemán —pretensión lograda por Hitler el 12 de marzo de 1938—. Defensor a ultranza del campesinado alemán, antiliberal, con un odio profundo hacia la democracia, los socialdemócratas, la dinastía Habsburgo y, ante todo, profundamente antisemita, acusando a los judíos de mentirosos y manipuladores sociales, influyó de forma notoria en Hitler. Además, es muy importante resaltar que el propio Schönerer era saludado con el brazo en alto por sus partidarios y que, incluso, se otorgó a sí mismo el título de “führer”.

No obstante, si hay que poner en primer lugar, por su influencia sobre “el pintor de brocha gorda”, a uno de estos dos hombres, tendríamos que hablar de Lueger, alcalde de Viena y líder indiscutible del Partido Socialcristiano. Fue un ídolo para Hitler, quien, más tarde, refiriéndose a él, escribiría en el “Mein Kampf”: “Poseía un conocimiento inusitado de los hombres y procuró no cometer la falta de juzgarlos mejores de lo que en realidad eran... Comprendió en todo su significado la importancia de la multitud, procurando desde el primer instante atraerse una parte de la misma”.

A Hitler no sólo le subyugó de Lueger su capacidad retórica y oratoria para poner al pueblo a sus pies y, de paso, solventar la incapacidad disuasoria de Schönenerer; lo que admiraba con mayor énfasis de este hombre que, “si hubiera vivido en Alemania, figuraría entre los grandes hombres de nuestra raza”, era la forma en que expresaba su profundo anti-semitismo, afirmando que la eliminación de todos los judíos es lo mejor que podría pasarle al pueblo cristiano, el cual, según su doctrina, había estado demasiado tiempo aguantando la opresión del judaísmo.

El aún joven Hitler, constantemente preocupado ante la “eslavización” de Austria por culpa de los socialdemócratas y de la casa de los Habsburgo, buscó las respuestas en estos hombres y en la literatura de corte racial y ultra-pangermanista que tanto abundaba por aquellos tiempos. Se hizo, como afirman numerosos investigadores, lector asiduo de una especie de revista-folleto que respondía al nombre de “Ostara”, dirigida por Jörg Lanz von Liebenfels, un extremista cautivado por las religiones paganas,



**Kubizek, el amigo de Hitler en Viena.**

que divulgaba en sus publicaciones encabezadas por la cruz gamada. Su literatura antisemita defendía que los judíos eran biológica y genéticamente inferiores, llegando a afirmar –según recoge el historiador Hans Bernd Gisevius– que “la fusión de razas es el pecado más grave contra el santo espíritu”. Sus folletines solían comenzar con preguntas del tipo: “¿es usted rubio?, ¿está harto de la administración populachera?” Todo ello fascinó al joven Hitler, que sintió como sus inquietudes encontraban por fin una respuesta, por simple que fuese. En opinión del mismo Gisevius, es entonces cuando Hitler “descubre” que “pertenece a la raza elegida”.

Por lo hasta ahora dicho, el lector habrá tomado conciencia de que el nacionalsocialismo no es una ideología inventada y surgida de la nada, sino una especie de puzzle formado a partir de influencias ideológicas y literarias heterogéneas de lo más radicales y extravagantes, a las que, según veremos más adelante, se irían sumando otras. Sin embargo podemos afirmar sin temor a equivocarnos que, al irse su amigo y al agotársele el dinero, el Hitler de Viena, que acabaría vendiendo cuadros y durmiendo en la calle o en albergues cuando el mal tiempo le obligaba a ello, ya sentía hacia 1913 una parte importante del odio expresado en “Mein Kampf”:

“Yo detestaba la mezcla de razas que se exhibía en la capital, odiaba aquella abigarrada colección de checos, polacos, húngaros, rutenos, servios, croatas, etc., y, por encima de todo, a los judíos, ese fangoso producto presente en todas partes: judíos y siempre judíos”

Hitler llegaría a esta conclusión tras continuas reflexiones sobre la decadencia que le rodeaba y los orígenes de la misma. Haciendo uso de su inagotable imaginación, relacionó el aumento de la pobreza, la “desgermanización” de lo que él consideraba tierra teutona –al mismo nivel que la propia Alemania–, la “detestable” mezcla racial que marchitaba la pureza racial del ario germano y, consecuentemente, su precaria situación de indigente –de la cual alguien tenía que tener la culpa, sino ¿por qué un genio de tal magnitud tenía que dormir bajo una manta de periódicos sin que nadie le hubiese descubierto?– con el judío.

A su juicio –por supuesto incuestionable– había descubierto en todo lo negativo, desde un punto de vista social, económico, político y racial, unos

cimientos, “sin lugar a dudas”, judíos. El gran hallazgo de la “inegable verdad” del mal judío podría expresarse como una “evolución racista”, esquematizada de la siguiente manera:

**Primero.** Hitler parecía no tener un antisemitismo marcado, puede que incluso inexistente, nada más instalarse en Viena. No obstante,

**Karl Lueger, el político que admiró Hitler. Alcalde de Viena desde 1897 y fanático antisemita, aseguró en un discurso que “se haría un servicio al mundo metiendo a los judíos en un barco bien grande y hundiéndolo en alta mar”.**

**El odio al judío comenzaba a adentrarse con fuerza en la política centroeuropea.**



durante su estancia en la ciudad y bajo la influencia inicial de Schönenerer (al cual idolatraba incluso antes de llegar a la capital) y más tarde de Lueger y de su prensa antisemita, empezó a hacer sus propias “indagaciones”. De manera que correlacionó todas las negativas y “antigermanas” influencias culturales y artísticas de “pestitencia espiritual” con nombres judíos.

**Segundo.** “Y, por fin, cuando comprendí que eran los judíos quienes estaban al frente de la socialdemocracia, la venda cayó de mis ojos. Mi larga lucha mental había concluido”. Con estas palabras anuncia su despertar, tras averiguar que todos los periódicos que fortalecían la socialdemocracia y, por tanto, que iban en contra del pueblo austriaco y su fundamento espiritual germano, estaban inundados de nombres y apellidos judíos: “desde el director abajo, todos eran judíos”. No hay que tomar



estos “descubrimientos” demasiado en serio desde una perspectiva meticolosa y prudente que analice la veracidad de dichas afirmaciones. Hitler afirmaba y exageraba muchas cosas en el “Mein Kampf” que, en una gran parte carecían de base “estrictamente real” y en otra constituían, no una deformación de la realidad misma, sino más bien un engrandecimiento de la figura “mesianica” del Führer, poniendo a éste —es decir, a sí mismo— como evangelizador que ha sido iluminado para guiar a los puros por el camino de la verdad, haciéndoles ver qué es realmente lo que está fallando en la humanidad. En otras palabras, el “Mein Kampf” se caracteriza por una desproporcionada intencionalidad teatral que avive las emociones del lector y facilite las respuestas que éste necesitaba, debiendo aceptarlas sin rechistar.

**Tercero.** Hitler aseguraba a todo aquél que estuviera dispuesto a formar parte de su logia haber encontrado una relación palpable entre la socialdemocracia infectada por los judíos y el Parlamento, explicando que la defensa a ultranza del Parlamento por los socialdemócratas sólo buscaba “el empobrecimiento de las clases por naturaleza dirigentes”. Además, esa mayoría democrática niega —según Hitler— la naturaleza individual humana y permite a los débiles gobernar sin someterse a los hombres fuertes y de mentalidad superior (los arios) que, por derecho natural, deberían mandar. De manera que esta utopía igualitaria daría al judío la posibilidad de “pactar y regatear a fin de granjearse los favores de la mayoría, tales actividades estarán a la altura de las mentalidades inferiores —como no, vuelve a referirse a los judíos— y constituirán un poderoso atractivo para las mismas.” Estas correlaciones entre la democracia, el parlamentarismo y el judaísmo, provenientes de unas deducciones filosófico-ideológicas que oscilan entre lo pazguato, lo estrafalario y lo mitológico, no pertenecen, casi con absoluta certeza, a las conclusiones que Hitler sacó en Viena, pero sí partieron de la experiencia vivida en dicha ciudad y son fundamentales para entender las posturas antisemitas nazis y los principios sobre los que se sustentan.

**Y cuarto.** Según narra el propio Hitler, durante su estancia en Viena se dedicó a estudiar las doctrinas de Karl Marx. Esto, como explica

Gisevius en su obra “Adolf Hitler”, “es sumamente improbable. Todo cuanto al respecto refiere en su libro se reduce a una hojeada retrospectiva del tribuno de los años veinte; las referencias de Viena parecen incoloras. No acierta a exponer episodios convincentes ni conflictos decisivos que pongan de manifiesto la presunta violencia de su choque con el marxismo.” Con estas consideraciones, y a riesgo de resultar pesado, pretendo que el lector –ya lea un día por su cuenta el “Mein Kampf” o bien yo reproduzca algún párrafo del mismo con la intención de analizar la evolución ideológica de Hitler– sea consciente de que no deben tomarse al pie de la letra los hechos históricos que Hitler cita como explicación de sus comunes “iluminaciones político-históricas”.

Sobre lo que no cabe duda, es que la miseria en la que se vio envuelto le debió llevar a encontronazos con obreros disgustados y a la inevitable observación de manifestaciones y revueltas de comunistas, las cuales, con total seguridad, fueron acrecentando el sentimiento antibolchevique de Hitler, testigo del crecimiento de un movimiento –el marxista– que, según su propio entender, ahogaba las escasas oportunidades de que los alemanes y los austriacos recuperasen la unidad que se les había arrebatado. Por ello, su convencimiento de que el judío había sabido utilizar el marxismo y el sindicalismo con la finalidad de “combatir la nacionalidad y la raza, privando así a la humanidad de todo lo que significan su existencia y su cultura” tuvo seguramente sus raíces en Viena; llegando finalmente a la conclusión de que el marxismo está unido al movimiento judío con el propósito de que, a través de esta doctrina, se engañe al pobre obrero y se le convenza para luchar por sus intereses, cuando en realidad lo hace por los del judío, negando la propia energía y fuerza del hombre que aportan estabilidad a las naciones. En términos coloquiales nazis, el judío estaría dispuesto a desestabilizar cualquier raza, nación o cultura con tal de sobrevivir y de que no se le achaquen a él los males de los que, en realidad, es el verdadero culpable.

Como puede verse, la locura ya estaba gestándose. El caos que traería consigo podía vaticinarse sin el recurso a prácticas mágico-advinatorias, ni horóscopos.

## De mendigo a soldado

“EL OCHO DE AGOSTO DIRIGÍ A SU MAJESTAD EL REY LUIS III una petición para que se me consintiera servir en un regimiento bávaro. El gabinete ministerial tenía en aquella época hartos asuntos en que ocuparse, de manera que mi júbilo fue tanto mayor cuanto que la solicitud se despachó favorablemente en el mismo día.

Comenzó entonces para mí, lo mismo que para todo alemán, el período más grande e inolvidable de toda mi existencia terrenal”. (*“Mein Kampf”*).

Así es, Hitler luchará junto con sus bienamados alemanes en los campos de batalla europeos. Lo que le resultó posible gracias a su marcha a Alemania —facilitada por la obtención del apoyo económico que le daba el dinero de la herencia de su madre, al que las autoridades de Viena no le habían permitido acceso hasta ese momento por no haber cumplido los veinticuatro años—, más concretamente a Munich, en Mayo de 1913, dejando atrás sus experiencias vienesas. Munich era en aquellos momentos una ciudad enriquecida por la cultura y el arte, con numerosos artistas provenientes de todos los rincones de Europa, que se encontraban allí para “expresar” su talento. A Hitler le atrajo este ambiente: ¿qué mejor para un “artista” sin descubrir, como él, que establecerse en una bella ciudad alemana que le permitiera dar cauce a sus dotes creativas?

Como en Viena, en Munich tuvo que subsistir malamente, ya que la herencia materna sólo le servía como un frágil sustento si no quería caer de nuevo en la indigencia de los años anteriores. Se pasaba los días en los cafés y cervecerías bávaros, leyendo periódicos y cultivando su mente con todos aquellos escritos que fortalecieran sus posiciones políticas extremistas. Así, viviendo en un entorno de composición y renovación artística, de continuas disertaciones políticas en los bares alemanes —muy comunes por entonces, sobre todo en esa región— y de una huída permanente de las autoridades, que podrían buscarle —de hecho, lo estaban haciendo— por escapar del servicio militar austriaco, Hitler seguía deambulando. Permaneció así, perdido y sin rumbo fijo, con un malestar profundo por

sus fracasados sueños de artista y aterrorizado por el riesgo de que le obligasen a servir en el ejército de sus odiados “habsburgo”, hasta que, como era de esperar, se hicieron realidad los temores del conflicto bélico.

La tensión reinante entre las distintas potencias europeas y las constantes alianzas de unos países en contra de otros a la vista de una hipotética guerra, desembocó efectivamente en ella cuando el archiduque heredero de Austria-Hungría, Francisco Fernando, fue asesinado en Sarajevo el 28 de junio de 1914. El gobierno austriaco hizo responsable a Servia y, desentendiéndose de las explicaciones de este país, le declaró la guerra cuando apenas había pasado un mes del asesinato. Esta decisión unilateral desencadenó, sin embargo, la extensión del conflicto a la práctica totalidad de Europa, con sus naciones comprometidas por los acuerdos firmados entre sí. En el caso de Alemania, ésta declaró la guerra a Rusia el 1 de agosto y a Francia dos días después. Tras ello, la entrada de las tropas alemanas en Bélgica dio lugar a la declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania el 4 de agosto.



**2 de agosto de 1914, el pueblo alemán recibe la noticia de la proclamación de guerra en el Odeonsplatz de Munich. Entre el gentío puede verse a un Hitler exaltado y repleto de júbilo.**

Podemos verificar fotográficamente la presencia de un Hitler enfervorizado y radiante en la concentración masiva que el pueblo alemán, embargado de fervor patriótico, llevó a cabo frente al Gobierno Civil de Munich en el momento en que se comunicó oficialmente a los alemanes la guerra.

Comenzará aquí una nueva etapa, decisiva en la formación de la doctrina nazi, en la que Hitler se verá envuelto con sumo gusto. Tras años de miseria, desequilibrio y sueños rotos, el joven Adolf encontrará en el ejército alemán —¡gracias a Dios, no en el austriaco!— la disciplina, la dignidad, la camaradería, el equilibrio y el sentimiento de unidad y pertenencia que tanto anhelaba.

Hitler entrará en el conflicto como “correo”. Esto ha sido muchas veces ridiculizado por sus adversarios políticos y, en la posterioridad, por diversos historiadores. ¿El Führer cartero? ¿Se atreve a mencionar su estancia en el frente como heroica y gloriosa, siendo un vulgar mensajero? Así fue, Hitler se dedicó principalmente a llevar mensajes de un punto del frente a otro. Tal era su función.

Pero la realidad es que si Hitler fue verdaderamente sincero en algo —refiriéndome a sus escritos y recuerdos—, es en lo bien que sirvió en el ejército y en la actitud temeraria que mostró en algunas ocasiones a lo largo de la contienda. Sin glorificar ni mitificar la figura del creador del Tercer Reich, es justo reconocer que luchó bien. Su puesto como correo militar, no era precisamente envidiado por los compañeros de trinchera, más bien todo lo contrario. Se trataba de un cuerpo en el que las bajas eran bastante elevadas, sus miembros constituían objetivos prioritarios para los combatientes contrarios, que, como es fácil de imaginar, trataban de impedir que las órdenes de los generales y demás jefes llegasen a su destino.

El soldado —futuro “cabo bohemio”— fue definido por sus compañeros como extravagante, con escaso sentido del humor y poca paciencia ante las bromas de cuartel, muy estimado por sus superiores, con un desorbitado sentido del deber y de la defensa de la patria, sin contactos con familiares o amigos (no recibió ni envió correo alguno en cuatro años de guerra), con tendencia a la soledad y propensión a dar discursos sobre la imposibilidad de la derrota y la necesidad de una “ética patriótica”.

La guerra transformó al “pintor de brocha gorda” en un soldado que, por vez primera en su vida, se sentía completamente realizado, incluso reconocido: le fueron concedidas dos cruces de hierro por el valor mostrado en campaña. La primera, una cruz de hierro de segunda clase, la obtuvo por proteger con su vida la de un comandante que corría peligro bajo fuego enemigo. La segunda, esta vez una cruz de hierro de primera clase, medalla castrense de muy difícil obtención y símbolo de gran entrega y sacrificio por la defensa de la patria, le fue concedida por llevar un mensaje de vital importancia a una posición muy distante de su lugar de partida, bajo un intenso fuego artillero.

Pero lo que, con más probabilidad, influyó sobremanera en la evolución del pensamiento hitleriano —que a estas alturas seguía siendo un compendio de odios y resentimientos sin base “racional” alguna— hacia la estructura ideológico-religiosa del nacionalsocialismo, fueron sus permisos y, por otra parte, su estancia en el hospital de Pasewalk como herido de guerra.

Me explico. El “artista frustrado” apenas tuvo noventa días de permiso durante los cuatro años que duró el conflicto, aún así, fue un período intenso para él. Este hombre, tan contrario al derrotismo y defensor de la lucha hasta la victoria final, se vio rodeado de un ambiente en su querida Alemania donde la moral de triunfo brillaba por su ausencia. La patria germana, sobre todo la de los dos últimos años de guerra, estaba agonizante. La muerte de dos millones de alemanes y una cantidad de heridos que duplicaba con creces la de fallecidos, la desgraciada situación, tanto económica como emocional, de millones de familias por la pérdida de un ser querido, que normalmente era el cabeza de familia o un hijo, y la escasez, cada vez más alarmante, de alimentos, que hizo que alrededor de doscientos mil alemanes murieran de desnutrición, dio lugar, como era lógico, a un descontento generalizado que provocó multitud de huelgas y manifestaciones a favor de una paz inmediata. Por si fuera poco, los especuladores se enriquecían con la guerra y el contraste, antes inexistente en Alemania, entre una penuria general e individuos, los menos, con trajes caros y lujos cada día más ostentosos, sólo contribuía a echar más leña

al fuego. Todo esto no se reflejaría en el frente sólo en una pérdida de disciplina, motivación y en un aumento de enfrentamientos políticos entre los camaradas, sino que los “parones” laborales influyeron negativamente en el suministro de materiales al frente, llegando incluso a la huelga en una fábrica de municiones en enero de 1918. Los unos acusaban a los otros de la posible derrota: los bávaros a los prusianos, los prusianos a los bávaros... ¡Alemanes contra alemanes!



**Un soldado alemán combate en el frente francés.**

**Alemania quedó traumatizada por la rendición de 1918 y por el infame “Tratado de Versalles”. 2 millones de compatriotas murieron por nada.**

¿Qué estaba pasando? ¿Quién era el verdadero culpable? Hitler necesitaba respuestas. Tenía que haber un responsable de tal situación. ¿Cómo, si no, era posible que Alemania estuviese cada vez más cerca de perder la guerra? Las conclusiones antisemitas no tardarían en llegar como explicación de todos los males. De hecho, las raíces ya estaban ahí, sólo faltaba organizarlas y dotarlas de sentido. En poco tiempo, Hitler vería “la luz”.

Fue allí, en Pasewalk, donde la “lógica antisemita” del nacionalsocialismo tomó más fuerza que nunca. Hitler había sido enviado a dicho hospital por una ceguera temporal provocada por un ataque de los ingleses con gas tóxico. Ataque ocurrido seguramente entre el 13 y 14 de octubre de 1918, como él mismo menciona en “Mein Kampf”.

En esa estancia, concretamente el 10 de noviembre, un anciano le comunicó a él y al resto de camaradas heridos que Alemania había perdido la guerra y que el Kaiser —y con él la monarquía— había abdicado: “El venerable hombre parecía temblar cuando nos aseguró que la Casa de Hohenzollern había abdicado a la corona imperial de Alemania y que la patria sería en lo sucesivo una República.”

“Todo había sido pues en vano. ¡En vano los sacrificios y trabajos; en vano el hambre y la sed sufridos por espacio de interminables meses; en vano las horas consagradas al deber, sobrecogidos por el temor de la muerte; en vano el sacrificio de la vida de dos millones de seres!”

Ahora más que nunca, Hitler necesitaba un culpable. La derrota inconcebible se había hecho realidad y era primordial tomar medidas para que la patria no volviese a ser traicionada por aquellos que no se habían entregado a la defensa nacional como debieran y que, incluso, se habían enriquecido a costa de la sangre de sus camaradas. Así fue como Hitler, durante su estancia en Pasewalk, describe la nitidez con la que vio cuáles eran las fuentes “reales” de la derrota y, finalmente, cual era su destino:

“Cuánto más procuraba yo en aquella hora formarme un concepto claro de tan terrible acontecimiento, tanto más fogosa y violenta era la cólera y la vergüenza que enrojecía mi semblante... Horribles fueron los días y peores aún las noches que sobrevinieron. Yo sabía que estaba todo perdido. Durante aquellas noches nació el odio inextinguible que profeso a los culpables de nuestra desgracia. El emperador Guillermo fue el primer emperador alemán que ofreció su mano y su amistad a los cabecillas del marxismo, sin pensar que los pillos carecen de honor. Estos, mientras estrechaban con una mano la diestra imperial, con la otra acariciaban el puñal...Con los judíos no se pudo llegar a ningún convenio. Tratándose de sujetos de semejante ralea, sólo sirve el inflexible “o esto o aquello”...Y acordé convertirme en político.”

Pese a que sigue siendo fruto de discusión, basándose en las investigaciones realizadas por respetables y brillantes historiadores, alguno de los cuales he citado con anterioridad, se puede afirmar con relativa seguridad que Hitler es bastante sincero con lo expresado en “Mein Kampf” respec-



to a la “iluminación” que experimentó. Aunque es altamente improbable que la clarividencia y misticismo que atribuye a sus visiones sea tan evidente como él mismo cita (no hay que olvidar el placer con el que Hitler utiliza la teatralidad emotiva para narrar aspectos de su vida), lo que sí puede verificarse es que Pasewalk fue de suma importancia para que el nacionalsocialismo tomara vida poco tiempo después. Hitler nombraría este lugar repetidas veces en el futuro como lugar de meditación, preguntas y, por encima de todo, de rotundas respuestas. No es que de un momento a otro viera LA VERDAD con mayúsculas, pero la doctrina, que era un embrión todavía, ya había comenzado a situar de forma incuestionable al judío en el centro de todo —de todo lo malo, por supuesto—. Hitler había correlacionado, seguramente en los momentos mencionados, lo aprendido de Schönerer, Lueger, Lanz von Liebenfels y de sus lecturas pangermanistas de corte racial con lo acontecido en Alemania. Habían sido ellos, los judíos, quienes se habían enriquecido con la guerra, los que habían firmado la derrota de un país que podía seguir luchando, los que habían tramado “la puñalada por la espalda”.

### **El orador...**

TRAS LA DERROTA ALEMANA, el caos se apodera del país. El malestar generalizado por la pérdida del orgullo nacional, la precaria situación económica y la falta de un gobierno que realmente represente al pueblo y atienda sus demandas, desemboca en una anarquía general. Los socialdemócratas toman las riendas por medio de una administración regional de carácter temporal y la tradicionalmente conservadora Baviera, ahora con un mandato de izquierdas, intenta de forma desesperada encontrar una salida a la crisis.

Lejos de despejarse, el panorama se torna más sombrío. El desastre social parece irreversible y el país camina por un oscuro sendero que le sitúa, sobre todo a la región bávara, al borde de una guerra civil.

La gota que colma el vaso vendrá dada por el asesinato de Kurt Eisner, líder del gobierno transitorio. Munich pasó en aquel momento —la primavera de 1919— a ser regida por los comunistas, que, a su vez, se vieron

totalmente incapacitados para paliar los problemas que reinaban en la ciudad y en el resto de Baviera. El desmembramiento de cualquier tipo de administración que mereciera denominarse como tal, desembocó en una auténtica guerra entre los partidarios de la revolución marxista y los *Freikorps*. Estos últimos estaban integrados por ex-soldados frustrados que tenían una clara propensión a la violencia y a las medidas drásticas –sanguinarias a ser posible– para instaurar de nuevo un orden que alejase al “fantasma de la hoz y el martillo” de Alemania. Así, estos hombres, respaldados por unidades de la *Reichswehr* –nombre con el que se denomina al ejército alemán, reducido por el Tratado de Versalles a cien mil soldados– acabaron con la revuelta comunista de manera rápida y brutal, dejando tras días de lucha en Baviera y Munich centenares de muertos y heridos, de los cuales más de la mitad eran civiles.

Hitler vivió todos los acontecimientos de Munich muy de cerca, paseando, tras el combate callejero, por su querida ciudad, ahora recorrida por carros blindados y por los curtidos miembros de los *Freikorps*.

El futuro caudillo, al igual que la mayor parte de la derecha alemana, por no decir toda, atribuía los desastres acontecidos en Alemania, con un tono cada vez más violento, al “eterno judío” y a los marxistas. Por si esto no fuera suficiente, la imposición –de tratado sólo tuvo el nombre– del Tratado de Versalles a Alemania, fortaleció enormemente la teoría ultranacionalista de la “puñalada por la espalda”, según la cual, los judíos, amparados en el marxismo y ocultos tras la protectora manta de la joven democracia germana, se habrían servido del sufrimiento alemán para salvaguardar y aumentar sus propios intereses económicos y para conseguir, de una vez por todas, el dominio del mundo.

No es que todos los extremistas conservadores y nacionalistas se creyeran esto al pie de la letra, pero el antisemitismo, tanto en su apoyo directo como su mera aceptación, se convirtió en moneda corriente en Alemania mucho antes de que existiera el Partido Nazi. Era éste un concepto tan arraigado, que, en palabras de Ian Kershaw, “un comentario perverso (“todos los judíos merecen la horca. Son los culpables de la guerra”) hecho en un tranvía de Munich fue aprobado por todos los pasajeros.”

Además, el “Tratado” mencionado, elaborado por las victoriosas Inglaterra y Francia, iba a empeorar con creces la posible reconstrucción política, social y, sobre todo, económica que requería la nación alemana para ponerse en pie. No sólo eso, además humillaba al pueblo alemán, acostumbrado a ir a la cabeza de Europa, obligándolo a arrodillarse ante los países triunfantes.

La patraña de Versalles impedía a Alemania tener flota naval alguna, separaba a la Prusia oriental del resto del Reich, cediendo ese territorio a Polonia, permitió a los belgas y franceses invadir la zona desmilitarizada del Ruhr, desposeyó a los alemanes de sus colonias y obligó a los “perdedores” a reconocer que toda la culpa de la guerra, absolutamente toda, era de ellos. Los ejércitos de Inglaterra y Francia querían permanecer en paz con Alemania y que esta nación recobrase su identidad, al menos eso decían, pero, si así era, ¿cómo demonios tuvieron la desfachatez y la soberbia de obligar al Estado Germano a pagar cincuenta y siete anualidades de millones de marcos, que terminarían de saldarse a finales de los años ochenta, para “indemnizar” los daños que habían sufrido sus países a lo largo de la contienda, forzando de esta manera a la, ya de por sí débil y fragmentada, economía alemana a endeudarse en tal medida que le sería imposible levantar cabeza?

El abusivo y voraz “Tratado de Paz” de Versalles propició en Alemania un ambiente de resentimiento y deseos de venganza que allanó el camino a los nazis; de no ser por él, Hitler habría quedado reducido a ser un político de segunda fila.

Esta transformación de la orgullosa patria teutona en, como dirían los nazis, una colonia extranjera, alimentaría la sed de *Vindicta* del pueblo alemán y, sobre todo, del futuro führer. El proceso de desmoronamiento nacional condujo a la asunción del nacionalsocialismo como alternativa única, guiado por un cabo que iba a hacer un gran descubrimiento personal, el más importante de su vida.

A mediados de 1919, Hitler, como soldado que aún era, recibió la orden de asistir a una serie de clases de adoctrinamiento político de carácter radicalmente anticomunista destinadas a los miembros de la *Reichswehr*.

Pero lo que más influyó en él fueron unas clases de oratoria —o de demagogia, como prefiera el lector— en las que se educaba sobre la corrosiva influencia del bolchevismo en la cultura alemana y la necesidad de acabar con el influjo del mismo. Se formó en el arte del engaño y la retórica, aprendió a convencer al indeciso y a fanatizar al adepto, dio el primer paso que le convertiría en el “maestro del doble juego”. No obstante, lo inequívocamente determinante en el transcurso vital de Hitler fue el descubrimiento de sus increíbles dotes como orador. Él mismo lo describiría



**Agotados y desmoralizados, los soldados alemanes regresan del frente. La desilusión de la derrota, la humillación de Versalles y la popularización de la “puñalada por la espalda” hizo que muchos de ellos se alistaran en los Freikorps y demás fuerzas paramilitares para recuperar el orgullo perdido.**

de la siguiente manera: “El curso al que ya me he referido produjo también grandes resultados en un sentido diferente. Cierta día denuncié que me proponía hablar. Uno de los que tomaban parte acordó romper lanzas a favor de los judíos y empezó a defenderlos con una larga argumentación. Esta circunstancia contribuyó a que yo hiciese oír mi voz en son de protesta. Los presentes, por abrumadora mayoría, tomaron mi partido. La consecuencia fue, no obstante, que pocos días después se me ordenó incor-

porarme a un regimiento de Munich, nominalmente en calidad de instructor.”

El autor de estas palabras es totalmente honesto con lo dicho, puesto que sus superiores, conscientes de las capacidades oratorias de Hitler, le encargaron impartir cursos de adoctrinamiento político a sus camaradas de la *Reichswehr*. De sus discursos políticos emanaba un antisemitismo que consideraba plenamente justificado por las desgracias nacionales originadas por los judíos, y los soldados, enardecidos por sus palabras, manifestaban a gritos el odio que él quería despertar. Sabía utilizar el miedo y la inseguridad del oyente para llevarle a donde le viniese en gana: “en el transcurso de mis arengas reconquisté para la nación y la patria no diré cientos, miles de camaradas. Nacionalicé a las tropas y pude así contribuir a robustecer la disciplina general.”

De esta manera tomó cuerpo uno de los recursos indispensables en la futura expansión y triunfo del nacionalsocialismo: el “Hitler hablador”. Sin este Hitler hubiera sido muy difícil que el nazismo ascendiera al poder apoyado por el pueblo y, mucho más complicado, por no decir imposible, que éste hubiera sabido establecerse en la nación alemana como un nuevo sistema de vida, una nueva creencia que todos deberían seguir de una u otra forma.

Era una época de descubrimiento para Hitler, quizá más que cualquier otra. Sin embargo, el hallazgo más significativo e importante que hizo que el nacionalsocialismo se convirtiera en realidad política vendría dado por un encuentro con Anton Drexler, un mecánico ferroviario de inocente aspecto.